

MICAELA DI PIETRO

*El amor es
un cupcake relleno
de pimienta*



*El amor es un cupcake
relleno de pimienta*

Micaela Di Pietro

Esencia/Planeta

© Micaela Di Pietro, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Anna Subbotina y Ruth Black - Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2016
ISBN: 978-84-08-15965-0
Depósito legal: B. 13.570-2016
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



«Nuestras vidas se definen por las oportunidades, incluso las que perdemos.»

F. SCOTT FITZGERALD

A ver, un flechazo en toda regla no fue. No se le cayeron las bragas al suelo ni se llevó la mano al pecho suspirando y diciendo «¡Uy, qué hombre!», pero tampoco fue un rechazo total de esos que te hacen exclamar «Ni lo sueñes».

Fue un sentimiento al que no pudo ponerle nombre y que poco a poco se convirtió en una incontrolable atracción. A medida que pasaba aquella primera noche, lo iba observando más y ofreciéndole algún que otro pensamiento pecaminoso. El escrutinio era constante, ¿qué le estaba pasando?

Quedó fascinada por su particular manera de echarse la mekena castaña hacia atrás y por sus ojos achinados de un color gris casi gatuno. Admiró su delgadez, que contrastaba con su ancha espalda, y algunos comentarios divertidos, que lo volvieron el alma de la reunión. Odiaba que fuese perfecto, odiaba tener que darle la razón a su hermana pequeña.

No podía negarlo, la atracción era latente, pero no lo iba a reconocer ni loca.

Lo peor fue que Leo no se acercó a Helena hasta casi el final de la noche, y eso la puso tensa. Ella creía que iba a ser un pesado, ya que toda su familia había insistido muchísimo en que quería conocerla.

Por fin lo entendió: todo había sido una trampa, un plan maquiavélico de su hermana y su futuro cuñado; tal vez Leo ni siquiera había preguntado por ella. Se sintió traicionada y la tensión le cambió la cara. Estaba a punto de irse.

—Yo a ti te mato —le dijo a Claudia, su hermana pequeña, al oído.

—¿Qué pasa? —preguntó ésta desorientada, disfrutando de su té helado, una bebida que Helena odiaba porque le parecía que se estaba bebiendo pipí de gato, hasta el sabor se lo recordaba. Y, no, no lo había probado nunca, pero se lo imaginaba.

—Que el tal Leo no tenía ni intención de conocerme, ¿verdad? —aclaró ella molesta.

—Te gusta, te gusta... ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —repitió cantarina su hermana cual niña saltando a la comba.

—Claudia, ¿cómo me haces esto? —volvió a quejarse ella mientras su hermana le hacía un gesto a Sergio, su prometido, para que se acercase, señalando a Helena y levantando el pulgar con el sentido de «todo bien».

Como si estuvieran sincronizados, Sergio le tocó la pierna a Leo y ambos se aproximaron a las hermanas.

—Si antes quería matarte, ahora pienso descuartizarte, tirar tus restos al mar y... —Helena se interrumpió al ver que tenía enfrente al chico al que creía colado por ella. Sospechaba que los roles se habían invertido, y no quería perder la seguridad y la confianza con la que había venido.

—Helena, Leo —presentó con picardía Claudia, sonriendo nerviosamente.

—Leo, Helena —presentó con simpatía Sergio antes de coger de la mano a Claudia y escapar de allí corriendo como dos tórtolos.

A esa corta distancia, Helena fue asaltada por su perfume. El

intenso aroma, unido a su penetrante mirada, la sacudió de arriba abajo.

—Los voy a matar —soltó mordiéndose el labio sin poder evitar ruborizarse de la vergüenza.

—Sergio me comentó que la hermana de Claudia era una chica preciosa, brillante como el sol, pero no me imaginé que lo fuera tanto —confesó Leo anonadado, perdiéndose en la belleza exótica de aquella mujer.

—Gracias —contestó ella en voz baja, y en ese instante sintió que la sangre le hervía.

—La primera vez que te vi, fue un día que le llevaste a Sergio un táper de tu madre. Dejaste tu escúter mal aparcada. Yo estaba fuera tomando aire entre un paciente y otro, y me sorprendió verte reír con Sergio. Tanta complicidad, sabiendo que estaba a punto de casarse, me pareció sospechosa...

—Te hiciste una película equivocada, mal empezamos... —bromeó Helena coqueta.

—Sí, no pude morderme la lengua y tuve que preguntar quién eras, no pensaba quedarme con la duda. ¿Te imaginas al paciente con un ataque de pánico y yo pensando en ti? —comentó él tranquilo, observando su reacción.

—Y, por esa curiosidad, ¿hoy todo esto? —soltó Helena, entendiendo al fin la insistencia de su hermana Claudia para que quedase con el señorito doctor.

—¿«Todo esto»?

—Esto, digo..., ¿has montado todo esto para conocerme, ¿no? —se le escapó casi sin pensarlo—. Recuerdas cada gesto mío en el hospital, pero en toda la noche no te has acercado ni un segundo, no lo entiendo —le tiró de la lengua.

—¿Estás celosa, Helena? —preguntó él, provocándola, con la seguridad que le daba sentir que ella también estaba interesada en él.

—¿Sigues montándote películas? ¿Eres médico o guionista de cine? —soltó ella, bajándolo bruscamente de la nube.

—¡Eres la bomba! —replicó Leo, sonriendo encantado—. Sergio ya me advirtió que tenías carácter. Pero no me importa, al contrario. Me resulta... excitante.

—¿Excitante? ¿De verdad? ¿Es lo mejor que se te ocurre? —rebatió ella.

Al ver que él le dirigía una sonrisa sorprendida, disfrutó de la sensación de llevar las riendas de la conversación. Ese chico cada vez le gustaba más

—¿Cómo quieres que piense teniéndote tan cerca? —preguntó Leo, que no era muy consciente de estar hablando en voz alta, tal vez porque el alcohol se le había subido a la cabeza, o tal vez porque esa chica era diferente. Era... la chica—. Lo que voy a hacer es perderme en tus labios ahora mismo.

—No serías capaz —lo provocó ella, también con ganas de jugar.

—Oh, sí, sería muy capaz, pero voy a preservar tu reputación. Tu hermana y tu cuñado nos están haciendo un escáner, y mis fans te odiarían y podrían echarle sal a tu siguiente tequila.

—Pero bueno, te has venido arriba..., ¿tus fans? —preguntó Helena, y las cejas se le alzaron tanto que las sintió en la frente mientras los ojos casi se le salían de la órbitas—. Además, ¿qué problema hay? El tequila se bebe con sal, ¿no? ¿Qué pasa? ¿Estás nervioso? ¿Es tu primer beso? —rebatió soltando una carcajada.

—Podría ser nuestro primer beso, pero te vas a quedar con las ganas, flor —respondió Leo, mirándola a los ojos con deseo.

—¿Fumas? —preguntó Helena para cambiar de tema, porque se estaba derritiendo por la cercanía del médico.

—No debería. Esa mierda es mala para la salud, pero no te

voy a engañar: a veces doy alguna calada. No se lo digas a mi jefe. Venga, te acompaño, y así escapamos de la jungla de miradas.

Leo la cogió de la cintura y la condujo hacia la salida. En la puerta del pub había más gente. Un conocido suyo se acercó a saludarlo.

—No te había visto dentro, macho —dijo alzando la voz para que pudieran oírlo mientras les cortaba el paso.

Ambos se chocaron las manos, arriba y abajo, como dos niños.

—Estoy con Sergio y los demás —contestó Leo sonriente, con prisas. Quería estar con Helena, empotrarla contra la pared y probar esos tentadores labios.

—Hoy está medio hospital aquí —aclaró el otro chico mientras observaba con descaro el cuerpo de Helena.

—Ya sabes, nada de jueves de desconexión, aquí se sigue hablando de pacientes y putadas varias de colegas —soltó Leo haciéndose el interesante e interponiéndose entre ellos, como si quisiera proteger lo que ya consideraba suyo.

—Sí, supongo que es inevitable. ¿Es tu chica? —preguntó su amigo refiriéndose a Helena, y le sonrió guiñándole un ojo.

Ella tuvo la sensación de que habría deseado que la respuesta fuese negativa para intentar ligársela.

—Helena, futura arquitecta —la presentó Leo con elegancia a su extrovertido colega, acariciando su fino brazo y acercándola hacia él, una señal silenciosa que gritaba «Esto es mío».

—Hola —respondió ella con poco entusiasmo, fumando su cigarrillo.

Aunque le costase aceptarlo, se sintió algo decepcionada. Había esperado poder hablar un poco más con el misterioso Leo, pero a solas.

Se preguntaba cómo sabía él tantos detalles sobre ella, cuando

ella ni siquiera sabía cuál era su especialidad médica. Es cierto que, cuando Claudia le había hablado de un amigo de Sergio, no le había prestado mucha atención. Pasaba de casi todo. Estaba en una etapa plana de su vida, dejándose llevar por la rutina y buscando encerrarse en un lugar seguro, sin sobresaltos, donde poder olvidar al malnacido de su ex.

—Me voy a casa, ya es tarde —los interrumpió Claudia, que salía del pub junto a Sergio.

—Voy contigo —decidió Helena.

Estaba muy cansada y, aunque Leo era un hombre para desvelarse, se había hecho tardísimo. Él se lo había perdido por hacerse desear toda la noche.

—Espero volver a verte pronto —dijo éste, cogiéndola del brazo y atrayéndola hacia sí.

—Sí, sí —respondió Helena sorprendida. No se esperaba aquella actitud tan posesiva, y menos delante de sus amigos.

Sin embargo, pronto se olvidó de ellos y de todo. Olía tan bien... Helena se puso de puntillas y se acercó a su rostro para despedirse con un beso en la mejilla.

Leo echó un vistazo rápido y vio que Claudia y Sergio apuraban el paso delante de ellos. Cogió a Helena por la cintura y buscó sus labios sin dudar ni un instante.

La besó con intensidad, sujetándola con deseo. Helena se dejó llevar. Hacía tanto que no besaba que el cosquilleo que la recorrió de los pies hasta el centro de su placer la hizo volar hacia la gloria. Cerró los ojos y jugó con su lengua.

A Leo le hervía la sangre, no quería que se fuera; necesitaba saber más de ella.

—Quédate —susurró sin despegarse de ella, algo arrepentido por no haberse acercado antes, pero aquella mujer le imponía tanto que no se reconocía.

—Helena, ¿subes? —se oyó a Claudia desde el coche de Sergio, junto a un bocinazo que hizo girarse a medio pub.

—Nos vemos —dijo Helena, y se soltó como pudo de aquel hombre que la había alterado más de lo que quería reconocer.